

Escuchando con atención las grabaciones, releendo los ensayos y artículos que sobre el asunto publicó Moedano Navarro, y recordando lo que de viva voz, con entusiasmo, él platicaba sobre aspectos de la cultura popular de amplio e intenso mestizaje que conserva el Bajío, percibo un fenómeno evidente de sincretismo elaborado según lineamientos religiosos de una doctrina y una liturgia con toda la apariencia de catolicismo popular orientado a venerar a Jesús-Cristo y a la cruz del martirio que narran los Evangelios, pero que, bajo estratégico disimulo, también exalta y glorifica entidades sacras y caudillos venerados de los pueblos precortesianos de Mesoamérica, en particular otomíes-chichimecos, habitantes originarios de los territorios de los actuales estados de Querétaro y Guanajuato, así como mazahuas del Estado de México, y que aún ahora, con variados grados de mestizaje, constituyen la demografía mayoritaria en la región.

Según análisis que confrontó en campo Moedano Navarro, y de cuyas reflexiones escribió ensayos y artículos que publicó o que leyó en congresos de especialistas (véase Bibliografía general), a tal expresión de religiosidad popular, una vez que la ubicó en el contexto histórico y sociocultural del Bajío, la identificó como el rito folk que desde épocas antiguas, difíciles de precisar, han practicado cofradías o grupos de habitantes de varios pueblos de esa región, que se autodenominan Hermanos o guardianes de la Santa Cuenta. Llamam a esto la obligación y fue establecida para hacerla cumplir mediante una especie de pacto de compadres o miembros de un corporativo teocrático-militar. Dentro de éste, encomiendas y grados se otorgan mediante ceremonias de iniciación en que los miembros juramentan fidelidad ante